

Manual para Descoser una Ciudad

En Vesperia, los nombres no se pierden.

Se arrancan.

La primera vez que le arrancaron el suyo, Liria no gritó.

Sintió el tirón limpio de la etiqueta, el desprendimiento preciso, y después el calor. No metáfora. Calor real. Como si el cuerpo no supiera existir sin algo que lo nombrara.

La sangre fue roja.

Eso fue lo que la asustó.

En Vesperia, la tinta era negra. Los nombres alquilados sangraban oscuro, como si fueran más papel que carne. Pero cuando el Borrador le arrancó DINA del cuello, lo que cayó al suelo no fue tinta.

Fue verdad.

—Tú no perteneces al registro —dijo la máscara blanca.

El espejo que colgaba de su cuello no la reflejaba completa. Mostraba un vacío a la altura de las costillas. Un espacio sin registrar.

—Nombre.

Liria no respondió.

Porque en ese instante entendió algo que nadie le había enseñado:

En Vesperia no estaba prohibido tener un nombre propio.

Lo que estaba prohibido era recordarlo.

El ardor bajo sus costillas se intensificó.

La costura.

Siempre había estado allí.

Invisible.

Esperando.

El Borrador extendió la mano hacia su costado.

Y fue entonces cuando Liria decidió dejar de sobrevivir.

Clavó la aguja en la unión entre máscara y piel.

El hombre sangró rojo.

El espejo cayó y estalló contra el suelo.

La Bruma del callejón se agitó como un animal inquieto.

—Deshilachamiento Nivel Uno —tronaron los altavoces ocultos en la ciudad.

La palabra atravesó Vesperia como una grieta en el vidrio.

Liria hundió los dedos en la costura de sus costillas.

La piel se abrió en una línea fina.

La palabra salió.

No fue sonido.

Fue impulso.

Y la Muralla respondió.

No sonó a piedra.

Sonó a tela tensándose demasiado.

Por primera vez, la Bruma se retiró en lugar de descender.

Los Borradores se detuvieron en seco.

—Unidad de Prueba 17 ha activado protocolo de ruptura —anunció una voz neutra.

Unidad.

No mujer.

No ciudadana.

Imágenes atravesaron su mente: el dolor desde niña, los candados cediendo ante su tacto, el vacío que los espejos siempre dejaban en su reflejo.

Era una prueba.

Un límite medido.

Filamentos luminosos descendieron desde la Muralla y se clavaron en su hombro.

No dolió.

Intentaban recogerla.

Reiniciar.

—Reinicio en treinta segundos.

Liria agarró el hilo.

Y vio el patrón completo.

Vio los nombres drenados y convertidos en energía.

Vio recuerdos triturados hasta volverse combustible.

Vio ciclos repetidos.

Vio otras Unidades antes que ella, borradas después de cumplir su función.

No era la primera.

Solo la última.

Torció el filamento.

La ciudad vibró.

—Desviación no contemplada...

En lugar de dejarse arrastrar hacia la Muralla, tiró hacia la ciudad.

El hilo se fragmentó en miles.

Tocaron cuellos.

Costillas.

Memorias.

Las etiquetas comenzaron a despegarse como piel muerta.

Los espejos estallaron uno tras otro, liberando reflejos incompletos que buscaron a sus dueños.

La Muralla emitió el sonido final.

No explosión.

Costura abierta.

Una línea vertical perfecta rasgó el horizonte.

Pero no cayó de inmediato.

La tela vibró, indecisa.

La voz volvió a hablar:

—Patrón corrupto. Intentando restauración.

Los filamentos que aún quedaban comenzaron a retraerse violentamente, intentando suturar la herida.

La Muralla quería cerrarse.

La ciudad no.

Los ciudadanos comenzaron a llevarse la mano a las costillas.

Uno por uno.

Algo ardía dentro de ellos.

Una mujer arrancó la etiqueta restante de su cuello y la dejó caer.

Un hombre pronunció un nombre en voz alta.

El suyo.

El sonido fue pequeño.

Pero no se disolvió.

Se expandió.

Otro nombre.

Y otro.

La Muralla retrocedió un centímetro.

—Exceso de identidad residual...

Liria comprendió que no bastaba con romper el sistema.

Había que sostener la ruptura.

Hundió ambas manos en el filamento central que aún la sujetaba.

No lo torció.

Lo desgarró.

La Muralla cedió.

Se deshizo como una prenda mal cosida.

Los filamentos se soltaron en cascada, perdiendo brillo hasta convertirse en polvo claro que flotó sobre Vesperia como una nevada silenciosa.

Detrás no había vacío.

Había otra ciudad.

Sin Bruma.

Sin Registro.

El cuerpo de Liria comenzó a perder densidad.

Hilo.

La habían diseñado para medir el límite.

No calcularon que elegiría destruir el instrumento de medición.

Mientras su figura se volvía translúcida, una niña cerró los ojos y dijo su nombre verdadero.

La Muralla terminó de deshacerse.

El lugar donde Liria estuvo quedó vacío.

Solo una tira de tela blanca cayó al suelo.

Bordada con una sola palabra:

LIRIA

No registrada.

No alquilada.

No medible.

Propia.

Durante los años siguientes, Vesperia aprendió algo que ningún sistema pudo registrar:

Los nombres no sostienen ciudades.

Las sostienen las personas que se atreven a pronunciarlos.

Y cuando alguien duda antes de decir quién es, siente un leve ardor en las costillas.

No es dolor.

Es memoria.

La memoria de la primera costura que se negó a cerrarse.